
Revista Iberoamericana, Vol. LXXII, Núm. 214, Enero-Marzo 2006, 171-183

*EL SIGLO, LA AURORA Y LA LECTURA EN VOZ ALTA EN CUBA 1865-1868*¹

POR

ARACELI TINAJERO

The City College of New York-CUNY

Este ensayo es sobre la lectura en voz alta en Cuba hacia finales del siglo XIX y en particular dentro del sector tabacalero entre 1865-1868, o sea, los años que preceden a la Revolución de 1868 o también llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878). Sin duda alguna, el periodismo fue la única clase de publicación que llegó a todas las clases sociales y estimuló el desarrollo de la lectura y la educación. Como lúcidos estudios sobre el siglo XIX lo han demostrado, fue en los periódicos donde se dieron a conocer ideas, decisiones y perfiles políticos de la sociedad y donde se transmitieron noticias mundiales así como donde se propagó la literatura tanto popular como nacional (González, González Stephan, Poblete, Ramos, Rotker, Sommer). Para comprender cómo y para qué se inició la práctica de la lectura en voz alta en los talleres de tabaquería en La Habana y después en toda la Isla, es de suma importancia examinar dos periódicos claves de la época: *El Siglo* y *La Aurora*.

LOS QUE LEEN Y LOS QUE ESCUCHAN

El sector tabacalero tenía un índice de alfabetismo mayor comparado a otros sectores artesanales. Sin embargo, todavía un alto número de trabajadores no sabía leer aunque eso no significa que no tuvieran acceso a textos históricos y literarios y sobre todo a periódicos, revistas o folletines. Esto lo demostró el crítico e historiador Roger Chartier quien al referirse a las lecturas y lectores populares europeos (del Renacimiento), señala que es engañoso estudiar la lectura de una época determinada basándose exclusivamente en los inventarios *post mortem*, en los catálogos impresos de ventas de bibliotecas o en la presencia o ausencia de libros de grupos alfabetizados porque no se toma en cuenta la “lectura de los libros cuyos lectores no los poseen pero que los han tomado prestados, o leído en casa de otro, o escuchado leer” (140). La práctica de la lectura en voz alta es tan antigua como la historia, y la literatura misma y el siglo XIX no fue una excepción ni para Cuba ni para el resto del mundo. Por citar algunos ejemplos coetáneos a la época de este estudio, en México abundaban los periódicos escritos para los artesanos como *El Amigo del Pueblo*, *La Reconstrucción* y *Las Clases Productoras*, pero “no obstante el índice tan

¹ Este artículo es parte de un libro que estoy escribiendo cuyo título provisional es: *Lectores de tabaquería en Cuba, Estados Unidos y España*.

elevado de personas que no sabían leer, la prensa ejerció una influencia decisiva en el desarrollo nacional” (Bermúdez 146). En el año 1860, en Madrid había un setenta y cinco por ciento de analfabetismo adulto y las bibliotecas particulares en los sectores artesanales se distinguían por la ausencia de libros con excepción del *Quijote* y una que otra novela española; sin embargo, los trabajadores estaban acostumbrados a “la prensa, la tertulia, el folleto, la sociedad patriótica o el motín callejero” (Martínez 186). En Francia, Inglaterra y Alemania hubo lo que Martyn Lyons denomina la “masificación de la lectura” y fue desde mediados a finales del siglo XIX cuando la clase trabajadora también comenzó a leer-y por ende a escuchar-mucho más (313). Sin duda alguna, la serialización de la ficción a través del periódico alcanzó magnas dimensiones y gracias a esto, los artesanos europeos (así como los cubanos en este caso) se nutrieron de la literatura de la época. Los diarios fueron una suerte de biblioteca ambulante que reemplazaron la literatura de cordel la cual había jugado un papel importantísimo en la lectura (sobre todo en voz alta) de las clases artesanales desde los siglos XVII en España, Inglaterra o Francia. Sin embargo, en el siglo XIX en Europa, aún con la “masificación de la lectura” a la que Lyons se refiere, entre las clases trabajadoras, la lectura en voz alta era su preferencia o bien, la prensa era el único medio que, por ejemplo, podía comprar Thomas Wood, un trabajador inglés, quien rentaba un periódico ya viejo por un centavo a la semana y lo leía a un lado de la chimenea porque no le alcanzaba el dinero para comprar una vela (Lyons 335). Por lo tanto, y ésta ha sido una práctica común desde la Edad Media o incluso la Roma antigua, bastaba con que alguien supiera leer para que un grupo de personas disfrutara la lectura ya fuera estrictamente literaria o política. Generalmente, en nuestros días, la lectura en voz alta se asocia con el analfabetismo, sin embargo, es de suma importancia enfatizar que tanto en Cuba como en otros países, y el siglo XIX no fue una excepción, también hubo numerosos núcleos de lectura en voz alta que se llevaron a cabo dentro de los círculos letrados que disfrutaban con pasión lo que sus compañeros componían o la lectura de libros y periódicos en las tertulias, los ateneos, los liceos, los teatros y otros lugares públicos. Sin embargo, el caso de Cuba es peculiar porque entre la clase artesana tabacalera se institucionalizó la lectura en voz alta y el surgimiento de este fascinante fenómeno no se puede comprender sin examinar los periódicos de la época.

EL SIGLO

El Siglo, diario reformista por antonomasia, por primera vez publicado en 1861, aunque dirigido por ese Partido a partir de 1863, defendió los derechos de la clase trabajadora y promovió la educación gratuita de ésta. Para los redactores, el periódico también era una suerte de “libro” de texto por medio del cual los sectores menos privilegiados podían educarse. No obstante ¿cómo hacer llegar sus objetivos a aquéllos que no sabían leer o a los que no tenían el tiempo ni la costumbre de leer individualmente en silencio? La única forma de hacerlo era a través de la lectura en voz alta. El director del diario, Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces, escritor y economista, era el portavoz del Partido Reformista el cual alcanzó su completa integración en 1865 y luchaba por vías pacíficas ciertas concesiones del gobierno español mientras Cuba era todavía una colonia. En la Isla había un total de un millón cuatrocientos mil habitantes de los cuales

aproximadamente el setenta por ciento de la población blanca era analfabeta y de la población de color la suma llegaba hasta el noventa y cinco por ciento (Portuondo, 381-82).² La instrucción primaria ya era pública y gratuita desde 1842, sin embargo, la mala administración de los ayuntamientos que las dirigían no permitía el incremento de nuevas escuelas. Los reformistas pronto se dieron cuenta que una buena estrategia para promover la educación era a través de publicaciones que hicieran “oír” la voz de aquéllos menos privilegiados para que sirvieran de ejemplo. En la sección titulada “Mesa revuelta” del periódico se publicó el siguiente poema escrito por un esclavo el 12 de julio de 1865:

A MI SEÑOR
En su Partida.
 Partid, señor, feliz al Almendares,
 Que arrastra arenas de oro
 Bajo altísimas ceibas y palmares,
 Y potente y sonoro
 Modula de sus bardos los cantares:
 Partid, llevaos mi tierna despedida
 Y el ángel tutelar de vuestra vida.
 Llegad feliz al suelo de Varela,
 De Luz y de Zambrana,
 Leed allí mi humilde cantinela;
 Saludadme á la Habana,
 Ya que su prensa al mundo me revela:
 Mientras yo pido al Todopoderoso
 La ausencia acorte, y que vuelvas dichoso.

De acuerdo al redactor del periódico, el poema primero apareció en el diario *El Telégrafo* de Cienfuegos y fue escrito por Máximo Hero de Neiva, “un vate esclavo.” En gran medida el periódico era una suerte de campo de batalla que revelaba las pugnas ideológicas y sociales de la entonces Cuba colonial. Es decir, al mismo tiempo que los redactores publicaban un poema escrito por un esclavo, en las mismas páginas del diario aparecían noticias como la siguiente en la sección de “VENTAS - DE ESCLAVOS”: “*Un mulato de 20 años de edad, robusto, de buena presencia, excelente cochero, regular cocinero y calesero, acóstumbrado a constante trabajo, se alquila ó se vende, por no necesitarlo su dueño: el portero de la casa no. 40, calle de Luz impondrá*” (*El Siglo*, 24 de junio de 1865, énfasis en el original). Lo que sorprende no es solamente el hecho de que todavía se vendieran esclavos (negros y chinos por extensión) ya que el régimen así lo permitía, sino más bien que a la par se publicaran textos escritos por los mismos esclavos. Por lo tanto, por una parte, la publicación del poema en el diario elogiaba el hecho que un esclavo pudiera escribir y dirigirse no solamente a “su señor,” su amo, quien probablemente le cedió el privilegio de aprender a leer y escribir sino que al mismo tiempo le permitía dejar

² El último censo anterior a 1868, Portuondo afirma, data 1862. Además éste sugiere que las cifras no habían variado mucho en 1865 donde de un millón cuatrocientos mil habitantes en total, 601,160 eran criollos blancos; 116,114 españoles; 11,153 extranjeros blancos; 34,045 chinos; 838 yucatecos y 594,488 negros (382).

oír su voz públicamente: “Leed allí mi humilde cantinela; / Saludadme á la Habana”. Tanto el título como el tono operan como una suerte de oración o plegaria en la que sutilmente se invoca al “Señor” (no solamente al Señor amo) sino a una fuerza divina por medio de una “cantinela”; o sea, a través del canto, de la viva voz y la repetición. El texto manifiesta, asimismo, la importancia del periódico como medio de comunicación ya que éste era el vehículo por el cual el esclavo se mantenía informado de lo que pasaba a su alrededor: “Ya que su prensa al mundo me revela”. Máximo Hero de Nieva tuvo la fortuna de aprender a leer y escribir en esa época donde gran parte de la población –esclava o no– todavía era analfabeta. Sin embargo, aquéllos que no tenían acceso a la palabra escrita estaban acostumbrados a escuchar, repetir y memorizar los sermones y los cantos en la iglesia. Por lo tanto, se puede inferir que la lectura del periódico en voz alta no era algo necesariamente nuevo para los oidores quienes seguramente estaban acostumbrados a escuchar las lecturas de la Biblia o de uno que otro folletín suelto.

El Siglo también le cedió la voz a los agricultores quienes abogaban por los “profesores ambulantes” y porque se propagara el periódico ya que servía como libro de texto:

Hemos visto en otros países profesores ambulantes, que van á caballo y llevan unas alforjas donde conservan el papel y demás avíos de escribir, libros, un atlas geográfico, etc.; son bien recibidos y respetados en todas partes, particularmente por los padres de los niños que educan. [...] A estos maestros les pasa sueldo el Ayuntamiento y los provee de caballo, y lo necesario. [...] Por lo que hace la instrucción agrícola, esta se consigue por medio de los periódicos especiales al alcance de todas las fortunas, y más provechoso será este medio cuando lleguen gratis esos periódicos á las chozas más pobres. [...] Acerca de estas escuelas rurales hay ya años que publicamos estensos [sic] artículos, no es pues nueva la idea de tales escuelas; pero en ellas no admitíamos esclavos ni negros emancipados [...]. (*El Siglo*, 26 de junio de 1865)

Publicaciones como éstas circularon casi todos los días en las planas del periódico y como en todo proyecto, la publicación no se hacía al azar ya que la dirección del diario insistía en las formas en que se podía disminuir o erradicar el trabajo esclavo y la concentración de la riqueza rural. Por lo tanto, en efecto, el diario operaba como libro de texto donde los campesinos de los lugares remotos podían aprender sobre la ciencia, la historia y la literatura y al mismo tiempo crear una de las tantas “comunidades” de lectores como diría Benedict Anderson. Al mismo tiempo, el periódico también se dirigía a otras “comunidades” en las zonas urbanas ya que no desaprovechaba la divulgación de la apertura de los centros de recreo, de las actividades de las sociedades mutuas así como los recitales o las labores culturales de los teatros y los liceos.

SOCIEDADES Y LICEOS

El Siglo se vanaglorió de presentar las actividades educativas de las antiguas sociedades como de la Sociedad Económica de Amigos del País (establecida en 1791) así como una más reciente, Sociedad del Pilar, creada en 1848 y la apertura de la Sociedad de Cajistas de la Habana, inaugurada en diciembre de 1865. Básicamente, las sociedades

operaban en parte como una especie de club social y por otra como una organización que ayudaba por medio de la cooperación de sus miembros, a apoyarlos económicamente cuando éstos lo necesitaban. Uno de los proyectos más importantes de las sociedades era el desarrollo y mantenimiento de la educación. Por ejemplo, el 15 de junio de 1865, la Sociedad del Pilar anunciaba sus clases gratuitas de Gramática y Aritmética para todo aquél que quisiera asistir a éstas, ya fueran adultos o adolescentes. En la Sociedad también se ofrecían clases de declamación y Literatura como en los liceos. En el diario las diversas asociaciones y liceos presentaban sus programas. También se publicaban distintas convocatorias como la del Liceo Artístico y Literario que organizaba el concurso “Juegos Florales” donde dominaban poemas dedicados al trabajo o novelas históricas así como obras científicas. El nuevo Liceo de la Habana anunciaba el 11 de julio de 1865 la presentación de una comedia: “El preceptor y su mujer” así como el Liceo de Matanzas, inaugurado el 11 de abril de 1866 anunciaba sus clases de inglés gratuitas. En fin, como veremos más adelante esa época vio el surgimiento de diversas sociedades y liceos donde la declamación y la lectura en voz alta de las diferentes producciones artísticas estaba a la orden del día.

LITERATURA EN *EL SIGLO*

El periódico contaba con una sección dedicada a la Literatura y en ésta se publicaron poemas de escritores conocidos y desconocidos como son Luis Victoriano Betancourt, Isaac Carrillo y O’Farril, Alfredo Torroella, Fernando Urzais, José Socorro de León, Pantaleón Tovar, Francisco Sellén, Carlos Navarrete y Romay así como Antonio Sellén. También aparecieron en la sección “Mesa revuelta” un sinúmero de poemas que el público lector le dedicaba a sus seres queridos así como el poema de Máximo Hero de Neiva o el de “la morenita esclava Amalia Gutiérrez” quien apenas había aprendido a leer y escribir y cuya pieza le dedicó a un doctor (*El Siglo*, 6 de abril de 1866). Folletines apasionantes donde la fusión de la historia y la ficción eran dignos de compararse al estilo y forma de *Civilización y barbarie* del argentino Domingo Faustino Sarmiento y los cuales se publicaron por entregas, como aquél titulado “Causa sobre el asesinato de Lincoln”, el cual ocupó las páginas del diario de abril a agosto de 1865. Cuentos o novelas traducidas al español como “Mujeres de negocios” de Julio Saint-Felix, *El mendigo negro* de Paul Feval, *El clavel* y *Dramas marítimos* de Alejandro Dumas, *Los caballeros de la noche* de Ponson du Terrail, cuentos árabes como “Hesdin-Norredin” así como cuentos escritos en español como “El que pierde gana” y “La madre” de Eugenio Pelletán. Además, se publicaron por entregas dos novelas extensas: *La loca del encinar* y *La pastora de Guadiela* de Faustina Sáez de Melgar y “Jente ordinaria,” un cuento de Luis Victoriano Betancourt. En gran medida la Literatura trataba de educar a aquellos que la leyeran (o la oyeran) por medio de mensajes moralizantes como en el caso de la suerte de doña Escarrabaldada, protagonista de “Jente ordinaria” de Betancourt, una mujer sin fortuna y de mala educación. Al final del texto el narrador señala en un tono profético:

Ella fue como su madre; y como ella serán sus hijos y los hijos de sus hijos, mientras ocupe la mujer el puesto que ocupa en la sociedad. [...] La educación, señores filósofos, no es

para aquel solamente, ni para este; la libertad no es para este solamente, ni para aquel, la educación es para todos como el sol, y como el sol para todos es la libertad. (*El Siglo*, 7 de marzo de 1866)

En fin, la literatura de *El Siglo* tenía una agenda didáctica y moralizadora cuyo objeto era educar a varios sectores de la sociedad promoviendo la educación de los que ya sabían leer y alentando a que fueran a la escuela a aquellos que sólo sabían oír. Por lo tanto, es obvio que los periódicos se escribían tanto para los letrados como para los analfabetas.

LA AURORA

En 1865, solamente en La Habana, había más de quinientas tabaquerías en las cuales se empleaban más de quince mil artesanos (Rivero Muñoz, *Tabaco...* 291). Al ver el apoyo de los reformistas respecto a la educación, tabaqueros (artesanos) como Saturnino Martínez quien además trabajaba de noche en la biblioteca pública de la Sociedad Económica de Amigos del País, vieron la necesidad de fundar un periódico dedicado a los trabajadores y de ese modo, junto con Manuel Sellén redactó por primera vez el semanario *La Aurora. Periódico Semanal Dedicado a los Artesanos* el cual salió a la luz el 22 de octubre de 1865. En la primera plana se publicó la “Profesión de fe” la cual decía lo siguiente:

Cuando en el seno de los pueblos empieza a sentirse el desarrollo de las ideas de civilización y progreso, no hay fuerza posible a detener el espíritu de impulsión que lo anima. [...] Por eso nosotros venimos a colocar nuestro grano de arena en el gran edificio que la humanidad erija. Cosmopolitas por convicción venimos a manifestar nuestras ideas con la libertad que nos sea permitida y entre los límites a que está circunscrita una publicación del carácter de la nuestra. Venimos a hermanarnos a ese grupo de obreros de la inteligencia que tanto afán manifiesta por el adelanto de las ciencias y de la literatura y por la difusión de las luces entre las masas de la sociedad. (*La Aurora*, 22 de octubre de 1865)

Es evidente que el objetivo del diario era llevar a cabo una tarea pedagógica. El semanario era en gran medida primero literario y después científico, con excepción de la primera plana que generalmente se centraba en temas relacionados a la educación del artesanado o a promover las agrupaciones en las asociaciones que empezaban a organizar los trabajadores mismos.

LA LECTURA EN LOS TALLERES

Los iniciadores de *La Aurora* (con el apoyo y consejo de reformistas políticos como Nicolás Azcárate) sintieron la necesidad de educar al artesanado a través de la lectura en voz alta mientras los torcedores de tabaco hacían sus labores. La primera lectura se llevó a cabo en el taller de tabaquería “El Fígaro” el 21 de diciembre de 1865, según lo anunció un artículo titulado “La lectura en los talleres”:

Hoy hasta en el seno de los talleres y, durante las horas más hábiles para el trabajo material, ocupan su imaginación en inquirir verdades científicas y filosóficas que son las que han de colorarlos [a los artesanos] al nivel de la época que pertenecen. Hablan y discuten: leen obras de los buenos autores modernos y se consultan recíprocamente sobre cualquier punto que no esté al alcance de sus inteligencias; y en fin, hacen lo que pueden por instruirse y seguir adelante por la senda de la civilización. (*La Aurora*, 7 de enero de 1866)

La publicación de este artículo fue una especie de manifiesto o propaganda que promovía no solamente la lectura del periódico mismo sino la lectura en voz alta como institución dentro de los talleres. Lo fascinante es que, según ese mismo texto, desde el principio los mismos trabajadores eligieron a un lector y cada tabaquero contribuyó para compensarlo por el tiempo de trabajo perdido. Poco a poco la lectura se instituyó en varios talleres y desde una tribuna el lector elegido leía por el tiempo acordado entre los dueños de las fábricas, los capataces y los artesanos. En su fundador y excepcional estudio titulado “La lectura en las tabaquerías”, José Rivero Muñiz señala que la idea de la lectura en voz alta en el lugar de trabajo fue del viajero español Jacinto de Salas y Quiroga –al cual Azcárate había leído– quien visitó Cuba en 1839 e hizo una excursión a un cafetal. Al ver allí a los esclavos escogiendo diferentes granos de café se le ocurrió la idea que “*nada más fácil había que emplear aquellas horas en ventaja de la educación moral de aquellos infelices seres*” (citado por Rivero Muñiz 192; subrayado en el original). Me gustaría añadir que la lectura en los talleres cuyas labores permitían escuchar la voz de un lector, por ejemplo, en las sastrerías, también se llevó a cabo en la Gran Bretaña alrededor de 1835 donde cada taller compraba un periódico local aparte de uno de Londres, Edinburgo y Glasgow. Esos textos eran leídos por los trabajadores quienes también se turnaban y eran recompensados por sus compañeros; después, los periódicos se revendían a un precio más bajo a otros trabajadores (Webb 34). Aunque no estoy tratando de insinuar que los tabaqueros cubanos tomaran la idea de la lectura de los talleres británicos, ni mucho menos estoy tratando de compararlos, por lo menos ese ejemplo ilustra que la lectura dentro del ambiente de trabajo ya se había llevado a cabo en otros contextos.

LOS TEXTOS LEIDOS Y ESCUCHADOS

Una de las preguntas más importantes que hay que plantearse es ¿qué se leía? Como he tratado de enfatizar en este estudio, la lectura de los periódicos era la más importante. De hecho, sin duda alguna se leía *El Siglo* y sobre todo *La Aurora*. En un artículo titulado “Los periódicos” y firmado por J. de J. M. señalaba: “nosotros, jóvenes artesanos, que seguimos el camino que nos guía la conciencia [...] somos tan amigos de los periódicos que no nos cansamos en leerlos; desde sus artículos a fondo hasta la última gacetilla siempre encontramos agradable la lectura” (*La Aurora*, 8 de julio de 1866). Otros diarios que circularon –continuamente o que tuvieron poca vida– entre 1865 y 1868 y que quizás se leyeron en voz alta fueron los dos colosos conservadores y adversarios de los reformistas: *El Diario de la Marina* y *Prensa de la Habana*. También circulaban pequeños periódicos como *El Ajiaco*, *Don Junípero*, *La Sensitiva*, *La Estudiantina*, *El Recreo Social*, *El Amigo*

de las Mujeres; así como los periódicos importantes del interior de la Isla que llegaban a La Habana: *El Hórmigo* de Las Tunas; *Progreso* de Colón, *Fénix* de Sancti-Spiritus; *Regeneración* de Bayamo; *La Atalaya* de Remedios; *El Telégrafo* de Cienfuegos; *El Comercio* de Manzanillo; *La Colmena* de Sagua la Grande; *Alba* de Villaclara; *La Noche*, *El Papalote*, *El Gavilán* y *El Liceo* de Matanzas, etcétera. No se han encontrado registros de los títulos de textos literarios, históricos o científicos que se leyeron aunque sin lugar a dudas hubo debates sobre lo que había que leerse. En el artículo del semanario que mencioné anteriormente, “La lectura en los talleres,” el escritor sugería que debía “rechazarse toda obra que no esté sometida al dominio de la inteligencia” y que como a fin de cuentas la lectura se pagaba, sugería que “se les lean obras dignas de ser estudiadas, y cuyas doctrinas no infiltren en sus corazones el venenoso acíbar de las malas pasiones” (*La Aurora*, 7 de enero de 1866). En teoría este informal currículo sonaba bien, sin embargo, un escritor de *El Siglo* decía que las mejores obras didácticas eran los tratados exclusivamente instructivos pero que en éstos las leyes y principios de la ciencia se exponían “con aridez”, por lo tanto deberían de “anteponerse los libros que en aquella [la ciencia] se trata en lenguaje ameno y bajo forma recreativa.” En cuanto a libros de tendencias moralizantes:

[n]inguna lectura mejor que la de las biografías de hombres útiles y buenos, de artesanos honrados sobre todo, que ofrezcan el ejemplo de un Franklin, impresor, de un Palissy, alfarero, de un Jacquard, tejedor, de un Lincoln, leñador, de un Hartzembusch, ebanista, de un Watt, mecánico, de un Moratín, platero, de un Johnson, sastre; adoptando –como textos de historia– los de forma biográfica, verdaderas historias animadas en que concretada la mente en los detalles particulares que la cautivan y añadiendo al estudio de grandes caracteres, luchas y acciones, el interés del romance y el de la verdad al mismo tiempo, ofrecen, al par que solaz, sustento del alma. (*El Siglo*, 25 de enero de 1866)

A pesar de las opiniones de lo que debería leerse o no leerse, la lectura siguió su rumbo y se propagó e instituyó oficial y rápidamente en varios talleres de La Habana –y de la Isla también–. Y, como dije anteriormente, no hay registros de las obras dadas a escuchar excepto cuando *La Aurora* publicó lo que se estaba leyendo y se había leído en una de las fábricas más importantes de La Habana, la “Partagás”:

“Las Luchas del Siglo”, un tomo; “Economía Política”, por Flores y Estrada, dos tomos en 4to.; “El Rey del Mundo”, novela moral y filosófica de Fernández y González, un tomo en folio; “Historia de la Revolución Francesa”, dos tomos en 4to. Mayor; “Historia de España”, por Galeano, seis tomos en tres volúmenes; y “Misterios del Juego” (que se está leyendo actualmente). (*La Aurora*, 18 de marzo de 1866)

Es difícil creer que se hayan leído todas esas obras sobre todo si en la “Partagás” se había inaugurado la lectura el 9 de enero de 1866. Sin embargo, la alusión a esas obras y no a otras sirve como ejemplo de lo que se leía.

LITERATURA EN LA AURORA

Lo peculiar de este semanario es que se escribió tomando en cuenta que iba a ser leído en voz alta ya que la campaña por la sistematización de la lectura en los talleres y por ende en los liceos era una de sus prioridades –aparte de promover la educación del artesano a través de las clases nocturnas y la apertura de bibliotecas en la noche. La lucha por el progreso no fue fácil ya que estaban rodeados de antagonistas; por eso, J. de J. Márquez escribió en un artículo titulado “El porvenir de la literatura”:

La Aurora no ha hablado ni pretende hablar de política ni mucho menos de la del país porque no lo necesita para combatir a sus adversarios; no necesita ser político para pedir la abolición de los toros y gallos, del monopolio y de todo lo que sea contrario al orden del progreso; sin mezclarse en la política defenderá constantemente la ilustración de los artesanos puesto que la mejor defensa que se hace un hermano es facilitándole los medios de instrucción. (*La Aurora*, 6 de mayo de 1866)

El odio a los toros, los gallos, el billar y el baile se hacía también patente en los escritos de todos aquéllos que contribuyeron en el semanario, como Saturnino Martínez, Francisco y Manuel Sellén, J. J. de Márquez, Luis de Abrisqueta, Juan María Reyes, Joaquín Lorenzo Luaces, J. J. Govantes, Alfredo Torroella, Luis Victoriano Betancourt, José Fornaris, Fernando Urzais, Ramona Pizarro, Ana María Cabrera, Rosa Marrero y varios artesanos que publicaban una que otra composición poética o que escribían algún artículo de opinión. Fueron numerosas las composiciones poéticas de algunos de ellos y lo que sobresale es que en la literatura se vio la oportunidad de educar, de “ilustrar” o reformar tal como lo muestra el siguiente poema de Torroella:

MARQUISTAS Y VEGUROS

No tienes razón, Genaro
 En quejarte de la suerte
 Que has de recoger espinas
 Mientras zarza y cardo siembres.
 [...]
 Así al ver que cada día
 Tus negros disgustos crecen,
 Con el Monte y con los Gallos
 Cambiar tus destinos quieres;
 Y como no lo consigues
 En los rectos surcos viertes
 Con el llanto de tus ojos
 Los sudores de la frente.
 (*La Aurora*, 17 de diciembre de 1865)

Este texto no es una excepción. Repetidamente se escribió sobre un repudio total a esa clase de actividades. Se pensaba que la lectura en voz alta en los talleres eventualmente crearía un hábito en el artesano. Por eso Antonio López Prieto escribió, “¡Artesanos! La

poesía, tierna hija del sentimiento, inculca en nosotros un purísimo raudal de moralidad, honor y virtud. La lectura de noche en el hogar, ó los días festivos, que pierden muchos en los billares, los gallos y los bailes, les sería de mucho más provecho é insensiblemente irían adquiriendo nuevos conocimientos según la naturaleza de las obras” (*La Aurora*, 22 de julio de 1866). Aparte de poemas de tendencias moralizantes, se escribieron novelas por entregas como *Laura* y *La flor del azahar* de Urzais; *Amor y pobreza. Drama en tres actos y en verso* de Torroella, *La hija del pueblo. Drama en tres actos y en verso* de Fornaris, así como ensayos titulados “La artesana” de Ramona Pizarro o “La educación de la mujer”, “La educación de la niñez”, “El niño enfermo”, “Los libros del siglo XIII”, “Los pobres”, etcétera.

Algunos de los títulos que acabo de mencionar primero se leían en los liceos frente a un público oidor y luego se publicaban en el semanario. Por lo tanto, en ambos casos, los textos iban dirigidos a un grupo de personas que los escucharían. El tono del texto exigía que el lector se dirigiera con emoción, con gusto. Por ejemplo, los siguientes:

“Versos leídos en el Liceo de Guanabacoa”

¡Siento arder en mi espíritu la llama
De intensa inspiración! - Noble instituto,
Tu radiante esplendor mi mente inflama
Y el corazón te rindo por tributo.
(*La Aurora*, 17 de junio de 1866)

Al saber que se tenía un público oidor, se hizo todo lo posible para que se “corriera la voz” y se institucionalizara la lectura para que el lugar de trabajo se convirtiera en una suerte de escuela o de liceo. Se levantaron tribunas no solamente en La Habana sino también en el interior de la Isla donde pronto se escuchó lo que se había iniciado en la fábrica “El Fígaro”. Además se iniciaron clases gratuitas nocturnas para artesanos y se logró que se abriera la biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País en la noche para que los trabajadores pudieran asistir. Los contribuyentes del semanario, buenos o malos, famosos o no, hicieron oír su voz o la voz de alguien que alentara a los tabaqueros a continuar estudiando como es el caso de la siguiente publicación escrita por A.S.:

“El estudiante y el gusano de seda”

IMITACIÓN

“¡Cuan feliz la mariposa
Que libre cruza el espacio!”
Así un mísero estudiante
Exclamaba disgustado.
“Estudiar de noche y día,
sin reposo ni descanso,
Tal es mi funesta suerte,
Prisionero desgraciado!”
Luego al gusano de seda
Preguntaba por lo bajo

“¿Cómo es tu prisión maldita
 Puedes trabajar, gusano?”
 Y respondía el insecto:
 “Con dulce placer trabajo
 Que en breve habrás de mirarme
 En mariposa trocado!”
 (*La Aurora*, 5 de agosto de 1866)

En suma, la Literatura fue un medio fascinante por medio del cual el público oidor en los talleres pudo instruirse; después de todo, se utilizó el antiguo método aristotélico de enseñar deleitando. Pero como en todas las buenas historias, después de ver que la lectura en voz alta había alcanzado un éxito sin precedentes, sus antagonistas los conservadores se ocuparon de prohibirla una y otra vez porque obviamente la consideraban una amenaza. El 3 de mayo de 1868 *La Aurora* cambió su subtítulo a: *Semanario de Ciencias, Literatura y Crítica*. Su proyecto siguió siendo el mismo: continuó educando la clase artesana a través de la Literatura tal como lo presenta la tercera estrofa, del poema dedicado a la Sociedad de Cajistas escrito por Saturnino Martínez; poema que seguramente primero se leyó en voz alta antes de salir a la luz ese mismo 3 de mayo:

“A la Sociedad de Cajistas de La Habana”
 Del nuevo mundo ante el concurso obrero,
 ¡Oh jóvenes cajistas!
 Vosotros sois los que en tropel ligero
 Al infortunio arrebatáis primero
 El triunfante laurel de las conquistas.
 Vosotros levantaís un templo de oro
 A la lozana juventud que avanza,
 Y realizáis en entusiasta coro
 La espléndida ilusión de la esperanza.

En mayo de 1868 no sólo ya se alcanzaban a escuchar los ecos de la Guerra de los Diez Años sino que artesanos como cajistas o tabaqueros sufrieron la inestabilidad socioeconómica de la entonces colonia. Saturnino Martínez anticipó con clarividencia los desastres de la guerra y, una vez más, la interrupción de la lectura en voz alta en los talleres. Por eso se dirigió a los jóvenes cajistas cuya labor era crucial tanto para el público lector como para el oidor. En el tono del poema se puede apreciar la desesperación y súplica de la voz poética la cual añora que la juventud continúe su labor, su tarea de ordenar las letras para que eventualmente la palabra sea imprimida, leída y escuchada. Sin duda alguna, este hablante estaba consciente que la palabra escrita o hablada algún día llegaría a ser el arma y el único instrumento de defensa de la clase artesana, por eso implora: “Vosotros sois los que en tropel ligero / Al infortunio arrebatáis primero / El triunfante laurel de las conquistas.” Simbólicamente, se les pide a los artesanos cajistas, cuya labor es componer lo que se ha escribir, que luchan “en tropel ligero,” por medio de su trabajo para que la palabra continúe siendo imprimida y eventualmente leída y escuchada a partir de ese “templo de oro” que es el periódico.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La práctica de la lectura pública en voz alta en Cuba entre 1865 y 1868 se llevó a cabo tanto en los talleres de tabaquería como en los círculos aristócratas y letrados. En nuestros días, en la mayoría de los casos, la lectura en voz alta se asocia con el analfabetismo pero al estudiar ese período específico en la historia de Cuba es fácil darse cuenta que esa práctica se llevó a cabo dentro de varios grupos sociales. En esa época el mismo periódico tenía varios propósitos ya que se utilizaba como libro de texto o era escuchado tanto en el ambiente privado y hogareño así como en los lugares públicos de cultura y recreo y en el ámbito del trabajo. Si bien es cierto que había analfabetas en el sector tabacalero, la lectura se estableció con el afán de informar, educar y continuar ampliando los horizontes culturales incluso de aquéllos que sí sabían leer. La institución de la lectura en los talleres fundó la reanudación de una práctica cultural que se había llevado a cabo durante siglos en las plazas públicas y los ateneos donde leer en voz alta ante un grupo de oidores era la norma y no la excepción. Justamente cuando ese modo de lectura comienza a desaparecer surge la institución y rescata las épocas preindustriales y nostálgicas mientras prepara al artesano a educarse para tiempos futuros. Sin duda alguna, con la educación mediada por la lectura en voz alta, la clase artesana creó conciencia política la cual siempre fue una amenaza para el gobierno colonizador. Por eso la lectura se prohibió repetidas veces y tanto lectores como oidores fueron acusados por conspiraciones contra el gobierno español. En cuanto comenzó la Guerra de los Diez Años, el 10 de octubre de 1868, la lectura fue abolida y las publicaciones de *La Aurora* y *El Siglo* sufrieron los desastres de la época ya que dejaron de existir. Entre 1865 y 1868 los periódicos fueron un campo de batalla donde las luchas ideológicas reformistas y conservadoras se enfrentaron frecuentemente. La facción reformista tuvo como objetivo el progreso de la Isla y un ejemplo específico de éste fue la lectura de los periódicos como medio de educación y renovación social. No cabe duda que la lectura en voz alta en la clase artesana fue una práctica necesaria y una aportación clave en la evolución cultural de la entonces Cuba colonial.

BIBLIOGRAFÍA

- Bermúdez, María Teresa. "Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1857-1876". *Historia de la lectura en México*. México: El Colegio de México, 2000. 127-52.
- Chartier, Roger. *Sociedad y escritura en la edad moderna. La cultura como apropiación*. Paloma Villegas y Ana García Bergua, trads. México: Instituto Mora, 1995.
- González, Aníbal. *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1993.
- González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- Lyons, Martyn. "New Readers in the Nineteenth Century: Women, Children, Workers". *A History of Reading in the West*. Guglielmo Cavallo and Roger Chartier, eds. Lydia G. Cochrane, trad. Oxford: Polity Press, 1999. 313-44.

- Martínez Martín, Jesús A. *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991.
- Poblete, Juan. "Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: La novela y las Costumbres nacionales en el siglo XIX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 52 (2000): 11-34.
- Portuondo, Fernando. *Historia de Cuba hasta 1898*. La Habana: Editora Universitaria, 1965.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Rivero Muñiz, José. "La lectura en las tabaquerías". *Revista de la Biblioteca Nacional* (octubre-diciembre 1951): 190-272.
- _____. *Tabaco, su historia en Cuba*. La Habana: Instituto de Historia, 1965.
- Rotker, Susana. *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas, 1991.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Webb, R. K. *The British Working Class Reader 1790-1848. Literacy and Social Tension*. London: George Allen & Unwin Ltd., 1955.

PERIÓDICOS CITADOS

El Siglo
La Aurora
Semanario de ciencias literatura y crítica